

CONFERENCIA DEL ACADÉMICO GABRIEL DE BROGLIE, CANCELLER DEL INSTITUTO DE FRANCIA, EN EL HOMENAJE QUE SE LE TRIBUTÓ EN LA REUNIÓN INICIAL DE LAS PRIMERAS JORNADAS SOBRE ARTES, HUMANIDADES Y CIENCIAS, ORGANIZADAS BAJO EL LEMA "LA CULTURA ES UNA" POR LAS ACADEMIAS NACIONALES DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS Y DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES.

MUSEO DE ARTE LATINOAMERICANO DE BUENOS AIRES, 24-03-08.

### LOS TRABAJOS INTERACADÉMICOS. SU NECESIDAD Y DIFICULTAD

Señor presidente, señores presidentes de academias, señor embajador, señoras y señores académicos, señores y señoras:

Debo ante todo agradecer vuestra recepción, agradecer al señor Jorge Emilio Gallardo sus benévolas palabras a mi respecto y decirles cuán sensible soy a esto, que considero un privilegio, de intervenir en la presente jornada interacadémica puesta bajo el lema "La cultura es una". Usted lo ha resumido magistralmente, señor presidente. Me referiré a un tema que puede ser objeto de reflexión y de interrogante por nuestra parte: la necesidad y la dificultad de los trabajos interacadémicos.

En los tiempos presentes es cada vez más difícil, si no imposible, estar informado de todo, y esto es a la vez más y más necesario. No es la primera vez que así ocurre. En el Renacimiento -una gran época para las ciencias y para la aceleración de los progresos científicos- probablemente algunos genios pudieron impulsar ese movimiento y resultar después de los siglos un modelo de cultura general, un modelo de hombre muy esclarecido, que en el siglo XVII fue llamado "l' honnête homme", en el siglo XVIII "l' amateur", pero sobre todo

"l' amateur" provisto de "luces" sobre todo.

Nuestras academias nacieron de esos trabajos y de esa confianza en el progreso. Hace mucho tiempo se pensó que los académicos y estudiosos podrían dedicarse con autoridad a asuntos relativos a diversas disciplinas ajenas a la propia, incluso las más vastas, del pensamiento, las letras, las artes. Me parece que los estudiosos intentan hoy alejarse lo más posible de su especialidad, que quieren reconocerse por ejemplo en la bioética; en la geografía, particularmente la económica; en el desarrollo sustentable, los asuntos climáticos, el *status* de la investigación, la propiedad intelectual (sobre todo en las ciencias), la enseñanza en su conjunto, y los grandes interrogantes de nuestro tiempo relativos a las sociedades, al progreso social en el que tanto se creyó en los siglos

pasados. No nos es posible encarar esto, como tampoco pueden hacerlo ustedes, incluso en el plano universitario, sino mediante la interdisciplinariedad, y en el interior de las academias gracias a los trabajos interacadémicos.

Quisiera darles algunos ejemplos, si bien no a título de modelos, como algunos trabajos interacadémicos cumplidos en el Instituto de Francia en los últimos años, en los que ustedes encontrarán seguramente los temas de sus propios trabajos: seguridad alimentaria y desarrollo durable (Academia de Ciencias y Academia de Ciencias Morales y Políticas); consecuencias científicas, jurídicas y económicas del Protocolo de Kyoto (Academia de Ciencias y Academia de Ciencias Morales y Políticas), derechos de la propiedad intelectual sobre las invenciones y provisión de empleos, cirugía y terapia celular, intento de lograr un pacto de soluciones sobre propiedad científica e investigación, proyectos de investigación e investigación de proyectos.

También la paleografía: clima, cultura y sociedad de los tiempos prehistóricos; identidad posible o cierta de individuo y persona, contratos de explotación y derecho de patentes de invención, propiedad industrial, clima, tempestades, la naturaleza y la pasión, la identidad cambiante del individuo (Academia de Ciencias y Academia de Ciencias Morales y Políticas, y dos Academias Pontificias de Ciencias y de Ciencias Morales y Políticas), etcétera. Hay otros ejemplos que pueden encontrarse en los propios trabajos de ustedes.

Esta suerte de enumeración plantea el problema de la configuración de las academias, la que podrá extenderse a un grupo de países, y en el futuro tal vez a una escala universal. Podría pensarse que todo el asunto se reduce al hábito de trabajar en común entre la Academia de Ciencias y la Academia de Ciencias Morales y Políticas. De esta forma habría dos academias que concentrarían la investigación y los trabajos sobre los temas del futuro, pero no sería el caso de dejar afuera a las restantes academias, en particular a la Academia Francesa y la Academia de las Inscripciones.

Existe otra orientación que es inversa y consiste en aumentar las academias según su especialidad. Se puede pensar así en una academia de arqueología, de historia, de geología, de teología, de arquitectura, de tecnología, de economía. Los ejemplos provienen de la experiencia extranjera. Creo que la Argentina se ha aproximado a una solución de esta naturaleza, pero la multiplicación de las academias arrastra la fragmentación de las disciplinas, y no su reagrupamiento. Ello tampoco resuelve el problema de la frontera, por ejemplo, entre las ciencias duras y las ciencias humanas, ni la propia novedad e interdisciplinariedad de los asuntos que hoy se plantean en la sociedad.

Ante tal dificultad se ha pensado entonces en reagrupar los trabajos entre academias y algunos han propuesto cuatro grandes grupos de disciplinas. Habría así las ciencias humanas, las ciencias del pensamiento -es decir la filosofía, las matemáticas-, las ciencias de la vida y las ciencias de la tierra en el universo. No siempre hay fronteras claras entre ellas, sino que con frecuencia atraviesan por territorios que les son comunes. Toda frontera es frustrante y difícil de atravesar y lo propio de las academias es la amplitud de su objeto, es decir la permeabilidad de las fronteras, de las experiencias, de las disciplinas. Y existe sobre todo el interés por hacer que los trabajos compitan entre sí.

Tal vez esperen ustedes que les diga si un Instituto facilita o aporta una solución, y cuál es la situación del Instituto de Francia en relación con las cinco academias que lo integran. Es un asunto no siempre bien comprendido y que se explica simplemente por la cronología.

En el siglo XVII fueron creadas cuatro Academias Reales: la Academia Francesa, la de las Inscripciones (es decir, la Antigüedad), la de Ciencias y la de Bellas Artes. La Revolución suprimió las Academias Reales, como era de suponer, en 1789, pero la Convención consideró que la República no podía desinteresarse del progreso de las ciencias, las letras y las artes. Es así que en 1795 fue creado el Instituto, compuesto por diversas categorías, y que cubría los dominios de las antiguas academias. Pero entre las categorías de las academias había una nueva: la de Ciencias Morales y Políticas.

Napoleón, muy orgulloso de ser miembro del Instituto en la sección de Matemáticas como oficial de artillería, atribuyó al Instituto de Francia la competencia de consolidar la Revolución y le concedió el bello Palacio de las Cuatro Naciones, sobre el quai de Conti.

En 1816 la realeza fue restablecida y en un movimiento completamente natural fueron restablecidas las academias con sus antiguas denominaciones, pero la de Ciencias Morales y Políticas no existía en el Antiguo Régimen y no fue restablecida. El Instituto de Francia había adquirido ya suficiente prestigio y renombre, sobre todo en los trabajos científicos, para contribuir a restablecer el sistema anterior y Luis XVIII, con su sabiduría, mantuvo el Instituto, al que no podía tocar. Creó entonces cuatro academias reagrupadas en el Instituto de Francia, en la sede del Palacio de las Cuatro Naciones.

Puede ser útil, ya que también es un tema de ustedes, decir una palabra sobre lo que ocurrió con la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Esto nos interesa porque es un tema que tenemos en común. Fue una creación de la filosofía de las Luces. Fue Condorcet el primero, y en su discurso de incorporación en la Academia Francesa en 1782, siendo matemático en la de Ciencias, planteó al mismo tiempo el tema de las Ciencias Morales, nacidas después con el objeto de poder seguir el mismo método de las primeras academias y

adquirir una terminología tan exacta y precisa como para arribar a las mismas calidades de certeza.

En 1792 el propio Condorcet presentó a la Asamblea Legislativa un proyecto de decreto que proclamaba a las Ciencias Morales y Políticas en una vía separada, para no confundirlas con las otras. Mirabeau habló de las Ciencias Filosóficas, el abate Grégoire y Daunou retomaron la propuesta de Condorcet de 1792 y el Directorio creó la segunda clase del Instituto con el nombre de Ciencias Morales y Políticas. Esta noción estuvo directamente inspirada en el espíritu de las Luces a través de la Revolución.

La idea desarrollada en aquella época fue que diferentes disciplinas permitirían fundar científicamente la marcha de la sociedad y evitar conflictos. La psicología social, la legislación, la economía política, son entonces ciencias, incluso para mejor mostrar la amplitud de la transformación social. Es una ciencia en la que ciertas líneas designan ya a la matemática social.

Este gran sueño no sobrevivió al poder del Primer Cónsul, que suprimió la clase de las Ciencias Morales y Políticas pese a haber surgido él mismo de la filosofía de las Luces, y consideró que no existían Ciencias Morales y Políticas, y lo hizo a través de una reforma sutil en el Instituto por él consolidado y que comprendía tres clases, entre las cuales las Ciencias Morales y Políticas, y quedaron cuatro clases, sin las Ciencias Morales y Políticas.

Entonces, curiosamente, la Restauración puso aparte las Ciencias Morales y Políticas. ¿Por qué? Porque en esa clase del Instituto había regicidas. Los ideólogos de la monarquía restaurada, legítima, no habían previsto disciplinas que reuniesen a las Ciencias Morales y Políticas. Entonces no era algo propio de los liberales, de los doctrinarios, nervios de la Restauración, y se creó a título privado en 1819 una Société des Sciences Morales et Politiques, donde estaban Guizot, Victor de Broglie, Benjamin Constant y otros.

Cuando Guizot llegó al poder como ministro de Instrucción Pública en 1832 estableció una Academia de Ciencias Morales y Políticas. El nunca había sido académico. Se reafirma así la existencia de una ciencia y se la califica con la fórmula ya establecida de Académie des Sciences Morales et Politiques, tradicional por cierto, y que no sería ya modificada. La duda era si no sería una denominación algo anticuada. En 1860 se propuso que fuese denominada Academia de Ciencias Humanas, pero fue una iniciativa de raíz materialista que no se consideró como un aporte dada la amplitud temática de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Y se asistió, para sustentar aquella tesis, a la afirmación de que éstas no eran dos ciencias acumulativas ni alternativas sino una sola: las ciencias morales y políticas. Sabemos tan bien como ustedes que un sentido acumulativo domina y nos impone un cierto pragmatismo en los métodos, y una gran apertura de espíritu.

Si volvemos al asunto de la necesidad de los trabajos interacadémicos, la complejidad de los problemas que se plantean hoy nos conducen a plantear la necesidad de adaptarlos a la evolución social, que a su vez no concluye, sino se acelera, y es precisamente en una situación de esta naturaleza que interesa instalarlas en el tema de la estabilidad, de la tradición. En realidad, ya que se trata de una reflexión sobre las estructuras sociales, propondría una distinción entre la *estructura de acción* -que debe adaptarse a las circunstancias para responder al espíritu de la época y para transferir las realidades sociales- y la *estructura de reflexión*, que no necesita de este punto de apoyo en la realidad para volver a lo suyo, y que tampoco necesita anclar en lo concreto.

La utilidad de las academias en la sociedad contemporánea atraviesa por su capacidad de evaluación, que les es desde luego propia. Esto es lo que lleva hacia adelante los trabajos interacadémicos. ¿Se trata de un regreso al ideal del Renacimiento, al modelo sapiente de un Pico della Mirandola, una especie de figura simbólica? No lo creo. Lo necesario es una transposición al dominio del pensamiento de métodos de trabajo bien conocidos, probados con anterioridad, métodos colectivos no ya dogmáticamente verticales sino horizontales, y métodos de trabajo colectivo en red, como son encarados modernamente. Es una aplicación a nuestros trabajos académicos del célebre principio formulado por Teilhard de Chardin, y que es evidente: "Todo lo que converge se eleva".

Me parece, señoras y señores académicos, que se trata de una apuesta conforme a nuestras tradiciones, y también a nuestras ambiciones. Les estoy infinitamente agradecido por haberme proporcionado hoy la ocasión de presentársela.